

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

MACBET:

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

Vasta caverna, cuya estrecha boca ocupa el fondo de la escena; á la derecha una enorme caldera sobre el hogar apagado, á la izquierda encima de una mesa labrada en la misma piedra pergaminos revueltos con redomas é instrumentos.

ESCENA I

EREBO, HECHICERAS

HECH. *(Apareciendo á la entrada de la cueva y dirigiéndose al nigromántico, que se mantiene inmóvil, inclinado sobre la mesa.)* Erebo! sabio Erebo! á tí acudimos.

(En voz mas alta y avanzando.) Maestro del porvenir! tu eficaz ayuda invocamos.

(Acercándose y con mas fuerza.) En nombre del Espíritu de quien recibes la ciencia y el poder, te conjuramos que sirvas á su causa.

EREB. *(Saliendo de su distraccion y levantándose con enojo.)* Fuera de aquí, insolentes harpías! prescindís de mi direccion, desperdiciáis el prestigio en menudos sortilegios, en intrigas y venganzas de mugerzuelas, y en el extremo apuro venís chillando á aturdirme! (1)

HECH. El nuevo rey de Escocia exige una respuesta.

EREB. ¿Y quién es ese nuevo rey de Escocia? ese Macbet con quien traficais en oráculos de muerte? ese ingrato egoista que en provecho de su ambicion pretende esplotar vuestras artes y el mismo infierno?

HECH. Nos amenaza con la proscripcion y con que no habrá espesura de selva ni profundidad de antro que nos sustraiga á su cólera, si de una vez no le mostramos patentes las entrañas de lo futuro.

EREB. De veras! ¿Ignora el usurpador que contra él puedo armar el brazo de cualquiera, como armé el suyo contra el viejo monarca con la perspectiva de una corona? Atrévase con la magia, y pagará sus vio-

(1) Esta reconvencion á las brujas y la siguiente acusacion de egoismo contra Macbet, es lo único que conservo, todavía mas en la sustancia que en las palabras, de la breve escena V, acto III del original. Lo demás de la presente ha debido apropiarse al carácter del personaje que al de Hécate reemplaza, al tenor de los motivos que en las observaciones se indicarán.

lencias, como pagó Duncano sus sanguinarios edictos reclamados por ignorantes monjes. (1)

HECH. El maldito achicharrador de nuestras hermanas! Bien las vengamos, poniendo en mano de la castellana la daga con que fué degollado como un becerro.

EREB. Segun mis instrucciones. No hay tentacion como la profecía para sugerir á la voluntad lo que se anuncia trazado por el ciego destino. Para llegar á un fin indeclinable brotan á granel los medios, buenos y malos indistintamente; el delito entonces pierde su horror y su responsabilidad. Así pongo al servicio del infierno las estrellas en que descifro la suerte de los mortales, y empleo su luz celestial en extraviarlos siniestramente ácia el abismo. (2)

HECH. Macbet en persona vá á llegar: á nadie confía los celos que le devoran.

EREB. Ah! recela de Banco, del que le iguala en valor y le supera en prudencia... y en lealtad. Cuanto mas alejado vive de la corte, mas se fijan en el ilustre caudillo las esperanzas de los descontentos, y mas sombra hace al tirano. Ya le he hecho conocer tiempo hace su brillante horóscopo; ya no ignora que algun día, segun indican los astros, ha de reinar su descendencia; pero falta á su lado tentadora para empujarle como al otro, y permanece

(1) Basta esta leve referencia para explicar el rencor de las brujas contra Duncano y la maquiavélica intencion del que las dirige.

(2) Formulo aquí en síntesis la profunda idea que en todo el drama desarrolla maravillosamente Shakespeare.

ocioso en el retiro sin cuidarse de allanar el camino á la fortuna. (1)

HECH. Oh! si lo supiese Macbet!...

EREB. Y lo sabrá. Azucemos al uno contra el otro; lánce-los en el crimen el recíproco temor. Prevéngase la rebelion con el asesinato ó el asesinato con la rebelion... qué nos importa? reine en vez de la prófuga estirpe de Duncano la confusion y la anarquía. No tenemos mas soberano que Satanás... viva su imperio!

HECH. (*Aplaudiendo y saltando con grotescos ademanes.*)
Viva nuestro amo!

EREB. (*Despues de tirar algunas rayas en el suelo y describirlas en el aire.*) Grandes cosas alumbrará la aurora de mañana. Preparad vuestros ingredientes, cocedlos al calor de la llama que alumbrando los ojos del cuerpo entenebrece los del espíritu. Voy á desplegar ante vuestro cliente fantásticas visiones para trastornar su cérebro y encender sed de sangre en su paladar. (2) (*Se retira por la derecha.*)

(1) Súplese de esta manera la profecía hecha por las brujas á Banco al propio tiempo que á Macbet en el comienzo del drama, que por razones ya expresadas considero allí inoportuna.

(2) «Grandes cosas van á cumplirse, dice el texto, antes de la hora de mediodía. De un ángulo de la luna creciente cuelga misterioso vapor, del cual me apoderaré antes que baje á la tierra, y destilado por mágicos procedimientos, lo emplearé en evocar visiones fantásticas que con la fuerza de sus ilusiones arrastrarán á Macbet ácia su ruina; retará los destinos, despreciará la muerte y llevará sus esperanzas allende los límites de la prudencia, de la virtud y del temor. Y ya lo sabeis, la mayor enemiga de los mortales es una ciega confianza.»

ESCENA II

HECHICERAS (1)

Á la tarea! á la tarea! ardan los tizones! hierva la caldera!

(Encienden la lumbre en el hogar, y dándose las manos giran al rededor de la caldera, en la cual echan, aproximándose por turno, los objetos que expresan.)

HECH. 1ª Bebe tú el primero, venenoso sapo, que has dormido treinta y un día bajo la fría piedra.

2ª HECH. Lengua de perro, dardo de serpiente, diente de lobo, ala de buho, escama de dragon, formad juntas un diabólico brevaje.

3ª HECH. Raíz de cicuta arrancada de noche, hígado de judío blasfemo, dedo de niño colgado por los piés al nacer, sebo de ahorcado recogido de la horca, mézclese todo, hasta cuajarse en irresistible filtro.

TODAS. Ardan los tizones! hierva la caldera!

HECH. 1ª Ahora, espíritus blancos y negros, rojos y grises, de cualquier orden seais, bajad sobre esa hedionda masa; infundidle vuestra infernal virtud para que sea todo poderoso el encanto.

(Suena un trueno prolongado.)

(1) Esta escena y las dos siguientes forman en el original la I del IV acto, que apenas reclama modificaciones, sino aligerar un poco de ingredientes la caldera y abreviar algun tanto el mágico ritual.

ESCENA III

Dichas, MACBET

- MAC. *(Sobrecogido de pronto, entra resueltamente.)*
¿Qué haceis ahí, misteriosas sibilas?
- HECH. Una obra que no tiene nombre.
- MAC. En nombre de la ciencia que poseeis, venga de donde viniere, acabad lo que empezasteis, patentizadme por completo el porvenir. Hablad; nada temo.
- HECH. Teme tu funesta curiosidad.
- MAC. Aunque los vientos que desencadeneis hagan temblar en sus cimientos las basílicas, aunque haya de tragar el mar espumoso las naves todas que lo surcan, aunque se hundan los castillos sobre la cabeza de sus guardias y vuelquen de abajo arriba los palacios y las pirámides, aunque se trastornen y se abismen los gérmenes de la naturaleza hasta que sucumba de cansancio la destruccion misma, responded, os conjuro, á mis preguntas. (1)
- HECH. 1ª Pregunta.
- 2ª y 3ª Responderemos.
- MAC. ¿Conservaré la corona? la transmitiré á mi pro-
sapia? (2)

(1) No hago mas que traducir casi al pié de la letra este enérgico conjuro.

(2) El autor no precisa tanto la consulta. La ambigua respuesta que pongo encierra el sentido de «quien á hierro mata á hierro muere.»

- HECH. Por donde se empieza se acaba. No quieras saber mas.
- MAC. Quiero. Caiga sobre vosotras, si os negais, una maldicion eterna.
- HECH. 1^a Sea... (*con evocacion solemne.*) Fantasmas del sombrío reino!
- 2^a y 3^a Embriones no nacidos!
- TODAS. Apareced! apareced! (1)
(Brilla un relámpago, y luego otro y otro á cada sombra que desfila por las concavidades de la derecha.)
- MAC. Qué veo! es Banco... habeis tocado con el dedo la cuerda de mi temor. No es él... es más jóven, pero tiene sus facciones de familia. Detente, dí...
- HECH. No le hables, que la vision se desvanecerá.
- MAC. Y lleva ceñida la frente con un círculo de oro...
(poniendo mano á la espada.)
- HECH. Mantente inmóvil; no le alcanzarás: os separa una espantosa sima.

(1) El desfilar de la regia progenie de Banco pierde gran parte de su imponente efecto toda vez consumada ya la muerte del progenitor, y otra buena parte con las diversas apariciones que le preceden y que distraen y llaman con preferencia sobre otros objetos los temores de Macbet. Tal es la cabeza armada de casco cuya significacion es dudosa, el niño ensangrentado que representa á Macduf sacado del vientre de su madre antes de tiempo, y el otro coronado con una rama en la mano, figura del príncipe Malcolmo. Las dos últimas visiones se relacionan con los engañosos vaticinios que infunden al tirano una falsa seguridad contra todo hombre nacido de muger, y en tanto que no se ponga en marcha el bosque de Bírnam. Estas seguridades á mi juicio no vienen al caso ahora, que es menester despeñar en crueles atentados al receloso usurpador: mas adelante les llegará su oportunidad, momentos antes de la decisiva batalla. ¡Cuánto no gana en unidad y en sobriedad la escena con la supresion de todo ello!

MAC. Vete; la vista de tu corona me quema los ojos... Y tú, también tú coronado! ¿eres hijo del primero?... Hé aquí el tercero que se parece á los otros dos... Brujas hediondas, ¿á qué mostrarme estos objetos? Un cuarto! un quinto!... saltad de vuestras órbitas, ojos míos!... Y qué! van á desfilas así hasta el fin del mundo!... Otro mas!... un séptimo!... no puedo ver mas. Y ese octavo que lleva dos globos y un triple cetro!... (1) horrible espectáculo!... Decid ¿así ha de ser?

HECH. Así será. Banco reinará en los nietos de sus nietos.

MAC. Fatalidad! fatalidad! (*cae desmayado.*)

HECH. (*Rodeándole con sarcásticas atenciones.*) Se ha dormido de tanto gozar! Á la representacion suceda el baile. Pueda decir el flamante soberano que hemos festejado dignamente su visita. (*Se cogen de las manos, y dan tres ó cuatro vueltas danzando al rededor de Macbet, dispersándose en seguida: desaparece por encanto la caldera.*)

(1) En manos del octavo rey pone el autor un espejo en el cual se reflejan otras generaciones de reyes, y entre ellos uno con las insignias que yo atribuyo á aquel directamente. Dícese que es una lisonjera alusion á Jacobo I, soberano de Inglaterra, Escocia é Irlanda, en cuyo reinado compuso este drama Shakespeare año 1606. Ignoro qué fundamento haya para derivar de Banco la célebre é infortunada familia de los Estuardos que empezó á reinar desde mediados del siglo XIV, y hasta dudo que sea personaje histórico aquel leal caudillo.

ESCENA IV

MACBET

(Volviendo lentamente en sí y levantándose.) ¿Dónde estoy? qué se han hecho? todo ha desaparecido... sino esa inquietud que me devora. Emponzoñado sea el aire que cruzan en su vuelo! condenados sean los que en ellas creen!... Ah! demasiado segura es su ciencia; ¿y en quién mejor que en mí la han acreditado?... Pero el conocer no sirve si no es para obrar, y (razon tiene Elfrida) al porvenir no hay que aguardarle cruzándose de brazos. Si no hubiese cooperado á sus propicias influencias, no estaría hoy en el trono; previniendo sus amenazas, me aseguro su posesion. Cesen las incertidumbres, las contemplaciones, las bondades que se achacan á flaqueza mas que á virtud, y que sin ganarme voluntades alientan rebeldías. Gracias, infierno, oh! gracias por haberme mostrado el camino... Banco, tú caerás: yo he de sacarte de tu retiro para atraerte donde mueren de una vez los recelos. Es menester arrancar tu estirpe de cuajo para que reine y viva la mía... No soy yo, es el destino quien las hace incompatibles. Siga la ejecucion á la idea, como al relámpago el trueno. (1)

(Sale precipitadamente.)

(1) Mas que verter literalmente este monólogo, he procurado

CUADRO SEGUNDO

Sala en el castillo de Banco. (1)

ESCENA V

BANCO, EDWINO

EDW. ¿Y hasta cuando, ó padre, hemos de permanecer en este retiro, condenados al tedio y á la inaccion? Vos al fin descansais de vuestra gloriosa carrera, y yo todavía he de empezarla.

BAN. Corren aires mal sanos en la corte, hijo mío. La ambicion se impone, la ley no impera, el miedo suspicaz se encubre mal con el ruido de embria-

inspirarme en la situacion, que es aquí algo diferente de la que presenta el original, donde las iras de Macbet, quitado de enmedio el mas temible competidor, se revuelven contra Macduf, vengándose de su fuga á Inglaterra con el exterminio de su familia. Aquí persiste en su lucha con Banco ó mas bien con el destino, cuyos amenazadores decretos se esfuerza en prevenir con desesperada energía.

(1) En el original, despues de un breve monólogo en que expresa sus dudas y sospechas, recibe Banco del mismo Macbet en presencia de la reina la invitacion para el banquete nocturno, y sale entretanto para dar un paseo á caballo con su hijo, como de propósito para ponerse al alcance de los asesinos: la escena (I del acto III) adolece de trivial, igualmente que la III del parque en que se presencia el homicidio, contra aquella regla, no convencional sino de buen gusto, que manda sustraer tales espectáculos, mientras no haya extrema necesidad, á la vista del público. Á dichas escenas sustituyo las cuatro siguientes, aprovechando de lo que se suprime todo lo que conduzca á poner de realce los caracteres y de manifiesto el hilo de la accion.

gadoras fiestas, y el legítimo heredero del piadoso Duncano se halla prófugo y excluido por parricida.

EDW. ¿Podeis creerlo vos? que en el amable príncipe cupiera tan negro crimen? que á menos de ser inocente, le dispensara en Inglaterra asilo y proteccion el santo rey Eduardo?

BAN. La fuga hizo aparecer culpable al inexperto Malcolmo; debió vengar en el momento á su padre ó morir con él... Noche espantosa! monstruoso atentado ocultaron de seguro sus tinieblas, pero ¿quién fué el autor?... Oh! si hubiesen podido hablar antes del inoportuno castigo los camareros!

EDW. Á alguien debía convenir su silencio. De cada día se presenta mas visible el hilo de la burda trama, y mas sospechoso el celo del supuesto vengador. ¿Veis como á bandadas desierta al vecino reino una generosa juventud para agruparse al rededor del desterrado príncipe y ayudarle á recobrar la usurpada corona? (1) Temo por vuestra seguridad, padre mío, si no imitamos cuanto antes su ejemplo. Salvándonos á nosotros, salvamos á la patria.

BAN. Desventurada Escocia!... Y si un imprudente paso atrajese sobre tu cabeza, sobre la mía nada importa, el peligro que interesa evitar!... Déjame pensarlo, Edwino.

(1) Son indicaciones recogidas acá y acullá de la escena IV del acto II y de la VI del III acerca de las distintas versiones de la opinion pública y de la situacion de los ánimos, que se reproducen mas ampliamente en la III del IV entre los emigrados de Escocia á Inglaterra, y allí habrá ocasion de insistir en ellas al principiar el tercer acto de este arreglo.

ESCENA VI

BANCO

(Mirando salir á Edwino.) Ó prenda única de mi amor perdido! única esperanza de mi ancianidad! ah! tú no sabes que la corona que anhelas restituir á la vieja dinastía, la reserva el cielo para tí ó tus descendientes, constituyéndote gefe de otra nueva. Me lo predijo el astrólogo que habita en la ruinoso torre de allende el lago, dándome por garantía de verdad la improvisada elevacion de Macbet. La realizacion de un oráculo me responde del cumplimiento del otro, y autoriza en igual grado mis esperanzas; pero si Edwino ha de llegar al trono por criminales vías, como sobrado me dá que sospechar respecto de sí el que hoy lo ocupa, ignore por siempre la altura á que es llamado. No me importa que reine, sinó que sea digno de reinar; y lo será tanto mas, cuanto menos trastornen su mente culpables deseos ó temerarias empresas. (1) Oh! es para mí hartó inestimable tesoro, aun cuando no entrañase para la nacion el gérmen de tan importantes destinos, para ponerlo al servicio de

(1) ¿Habré creado aquí un ideal de probidad y abnegacion? no estaría por demás contraponerlo á un ideal de ambicion y perversidad, cual es la esposa de Macbet. Obra tambien en Banco, además del sentimiento de la virtud, el deseo natural de la conservacion de su hijo poniéndole á cubierto de peligrosas grandezas.

una recelosa tiranía ó aventurarlo á los azares de la emigracion. Librad, Señor, librad su vida de pérdidas asechanzas, así como su alma de seductoras tentaciones.

ESCENA VII

BANCO, SEYTON, EDWINO

EDW. (*Precediendo al enviado.*) Padre, un mensajero con la real divisa.

SEY. (*Despues de respetuosa cortesía.*) Noble Banco, á vos me envía el rey Macbet para haceros honra y transmitiros sus intenciones.

BAN. Mientras no la amengüe con el afan de aumentármela, y sean estas compatibles, como no dudo, con mi conciencia, (1) heme aquí dispuesto á cumplir sus órdenes.

SEY. No son órdenes, sinó deseos. Vé con pena el soberano vuestro apartamiento de su real morada, mal resignado á privarse de tan insignes servicios.

BAN. Bien puede prescindir de ellos, como prescindió de mi voto para ceñir la diadema.

SEY. Si no permitió entonces otra cosa la apremiante necesidad de gobierno, hoy siente la de rodearse de lo mas granado de la nobleza; y en el solemne

(1) Análoga salvedad hace Banco á Macbet que tantea su fidelidad, momentos antes del asesinato de Duncano, acto II escena I del original.

festin con que ha de celebrarse esta noche el aniversario de su coronacion, cuenta con que vos seais su principal ornamento.

BAN. Poco importa mi presencia en los saraos.

SEY. Pero importa en el consejo que ha de tenerse mañana y otro día para resolver graves cuestiones en beneficio de los pueblos y en gloria de la nacion, y de la prolongacion de los males públicos os haría responsable la ausencia. (1)

BAN. Mi lealtad...

SEY. Vuestra lealtad no hubo de morir con Duncano, y os veda favorecer al hijo desnaturalizado, que por tan horribles medios maquinó sucederle.

EDW. Dejadme protestar...

BAN. Calla, hijo.

SEY. ¿Qué respuesta me dais? Vuestro tenaz retraimiento pudiera equivocarse con abierta rebelion, y acusar preparativos de guerra civil en Escocia.

BAN. Iré.

SEY. Y no solo, espero; os acompañará vuestro hijo, es voluntad expresa del monarca.

EDW. Yo!

BAN. Dispensad. (*Á Seyton.*)

SEY. Sería echado de menos en la fiesta tan gallardo mancebo. Su compañía será para el rey una prenda de que es en vuestra raza hereditaria la fidelidad.

BAN. Prometedle nuestra asistencia. (*Váse Seyton.*)

(1) De celebrar consejo habla el propio Macbet á Banco en su invitacion, acto III escena I.

ESCENA VIII

BANCO, EDWINO

EDW. Qué habeis prometido, padre?

BAN. Lo que es imposible evitar. No cabe negarme á ir, ni consiento en dejarte.

EDW. ¿Y porqué en vez del camino de la corte, no tomamos en seguida el de la frontera?

BAN. ¿Piensas tú que á esta hora no están cogidos ya los pasos para imputarnos á delito el temor? Embistamos de frente con el peligro: la serenidad es el mejor escudo contra las asechanzas. Macbet no atentará á su propia salvaguardia; le conviene mas tenerme á su lado que concitar en contra suya las entusiastas adhesiones y los gloriosos recuerdos que protejen mi existencia.

EDW. Si hay riesgo, ó padre, quiero compartirlo con vos.

BAN. Unidos lo conjuraremos. No te apartes de mi lado en el resbaladizo suelo de palacio, no nos perdamos de vista en su encantado laberinto. (*Acercándose á la ventana.*) El sol declina ya al ocaso, rojizas orlas destacan en el negro horizonte... apresura la partida.

EDW. El trecho es corto.

BAN. Pero quebrado. Conviene antes que cierre la noche atravesar la selva y el angosto desfiladero. No sé que sombrío presentimiento...! Antes de abandonar esta querida soledad, deja que te abrace, Edwino.

TERCER CUADRO

Salon en el real palacio con mesas en el fondo preparadas para el banquete; puerta de entrada á la izquierda del espectador, otra secreta á la derecha.

ESCENA IX

MACBET (1)

¿De qué sirve ser lo que soy si no lo soy con seguridad? Banco me inspira serios temores; lleva en sus palabras y en sus actos un sello de nobleza que me lo hace formidable. Es hombre para atreverse á mucho y que al temple intrépido de su alma junta una exquisita prudencia para dirigir y llevar á cabo sus designios. Mi genio tiembla ante el suyo, y le cede la palma del porvenir. (2) ¿Á qué poner en mi cabeza una corona estéril y en mi mano un impotente cetro? mano enemiga ha de arrancármelo, y el hijo querido no me sucederá. (3) Entonces,

(1) Vuelve Shakespeare á sus admirables monólogos, y vuelvo á ser simple traductor.

(2) «Como en otro tiempo Antonio ante el genio de César» añade aquí el autor; omito por inoportuno este erudito recuerdo, dado que fuese exacto.

(3) «Ningun hijo me sucederá,» dice el original mas vagamente. De que Macbet tiene uno ó mas hijos no cabe duda; sin ellos no sintiera antes tanta ambicion de reinar, ni tanto despecho ahora de que

para los hijos de Banco habré manchado mi alma, para ellos habré asesinado al virtuoso Duncano, para ellos solos habré emponzoñado la copa de mi reposo, y no habré entregado al enemigo del linaje humano el tesoro de mi alma inmortal sinó para hacerlos reyes... Reyes los descendientes de Banco! primero, ó destino, entra conmigo en lucha y ven á combatirme á todo trance. (*Asomándose á la puerta secreta.*) Eh! acercaos.

ESCENA X

MACBET, dos ASESINOS *que se detienen junto al umbral.*

MAC. Y bien! ha llegado la ocasion. Estais enterados del sitio y de lo que hay que hacer.

ASES. 1º Á dos millas de aquí, en la Roca Maldita.

MAC. Dos sois pocos para dos: asociaos un tercero, á tu gusto. Que el jóven sobre todo no se os escape.

ASES. 2º Corre de mi cuenta.

MAC. Cuidado que no he de sonar para nada. Pudiera librarme de entrambos sin mas razon que mi vo-

le sucedan estraños. «Madre he sido,» ha dicho su esposa, y él aplaudiéndola por su teson: «no des á luz sinó varones.» Pero que mas adelante los pierde, sin expresar cuándo ni cómo, tampoco permite dudarle aquella célebre frase de Macduf, que en el siguiente acto hallaremos, cuando excitado á vengarse del homicida de sus hijos, exclama: «ah! si no tiene hijo!» Lo cierto es que Shakespeare se abstuvo de retocar con suaves pinceladas de paternales afectos el sombrío fondo del drama, ni para templarlo ni para ennegrecerlo con el contraste; y á mí me toca respetar su reserva.

luntad; mas por consideracion á ciertos amigos cuyo afecto me interesa conservar, he de parecer extraño al justo castigo de estos hombres y hasta mostrar sentimiento... Además de la recompensa, que será digna del servicio, vengais agravios propios: Banco disolvió vuestras bandas só pretexto de militar disciplina...

ASES. 1.^o Al quitarnos la espada nos redujo á ganar la vida con el puñal.

ASES 2.^o Por lo que estimo la mía, puedo jugarla sobre un dado.

MAC. Id y volved luego. (1) (*Salen por la misma puerta falsa.*) Al fin lograré dormir. Sea este el postrer sacrificio que haga mi conciencia á mi tranquilidad.

(1) Abrevio todo lo posible esta repugnante conferencia, que en el original peca de prolija con puntas de impertinente: allí se detiene el rey á disertar sobre las variedades que ofrece la especie humana lo mismo que la de los perros, y estimula á sus mercenarios instrumentos á vengar personales agravios que no expresa, y que yo he tentado explicar por la disolucion de las cuadrillas aventureras llevada á cabo por aquel adalid. Compréndese el embarazo de Macbet, en el alegar tan pronto su real voluntad, como en recomendar con empeño el secreto de su mandato; es un déspota que tiembla, solo que por dignidad y por cautela debiera rehuir tan expuestas y humillantes entrevistas. Al sarcasmo con que termina: «Banco, si al cielo ha de volar tu alma, esta noche será,» creo sustituir con ventaja la disculpa que á sí propio dá de su nuevo delito, lisonjeándose de recobrar con él el sueño que mató con el primero.

ESCENA XI

MACBET, ELFRIDA (1)

ELF. *(Por el fondo.)* Porqué tan pensativo y solo, esposo mío? Esas sombrías ideas que te acompañan debieran haber muerto tiempo hace con el objeto que las produce. No hay que ocuparse de lo que no tiene remedio: lo hecho hecho está.

MAC. Herimos la serpiente, pero no la matamos; íruese y revuélvese mas amenazadora, y quedamos como antes expuestos á sus mordeduras. Ah! vale mas la suerte de la víctima inmolada que la inquieta dicha del inmolador; vale mas el sueño de la tumba que las torturas del insomnio. Duncano yace dentro del sepulcro en imperturbable paz; pasó ya para él la fiebre de la vida: nada tiene que temer de la traicion; nada contra él pueden el puñal, el veneno, las conjuraciones intestinas, las armas del extranjero.

ELF. Desarruga la frente, amigo mío; muéstrate sereno y alegre esta noche á los ojos de los convidados.

MAC. Procuro imitarte, pero no puedo. No habrá sosiego para mí, mientras sea menester templar nuestras grandezas en el baño de la lisonja, disfrazar los sentimientos íntimos y convertir nuestros rostros en máscaras de nuestros corazones.

(1) No necesita enmienda, ni consiente casi mejora este incomparable diálogo.

- ELF. Aparta estas ideas. ¿Acudirá Banco al convite?
- MAC. Lo ha prometido... Banco y su hijo, dos escorpiones en mi seno!
- ELF. No tienen escritura perpétua de vida.
- MAC. Ah! son vulnerables ¿no es verdad?
- ELF. Descuida: Banco será esta noche el objeto de mis especiales atenciones, le halagaré con la voz y con las miradas, á puras honras le sofocaré.
- MAC. *(Con sordo acento.)* No será menester... no traspasará este umbral.
- ELF. *(Mirándole fijamente.)* Te comprendo. Reconozco por fin á Macbet *(cogiéndole la mano y apretándola.)* Has tomado el camino mas corto; no siempre es el mejor. (1) ¿Estás seguro del golpe?
- MAC. Sobrado te he dicho: ignora el plan hasta que puedas aplaudir su ejecucion; no sepas, hasta que esté conjurado por completo, el daño con que nos amenaza á nosotros y á nuestro hijo el porvenir. (2) Cierra, ó noche; echa tu velo sobre los timoratos ojos del día compasivo, y mientras se aduermen sus inofensivos operarios, láncense tus negros agentes en busca de tu presa. (3) La luz se extingue, el cuervo alza su vuelo ácia las bóvedas de la selva... Fuerza es que el mal consolide lo que el mal ha empezado. *(Váse por el fondo.)*

(1) Elfrida adivina y felicita á su esposo; pero por el movimiento propio de una muger acostumbrada á mandar, no acaba de aprobar un recurso que ella no ha sugerido.

(2) Referencia que ha de echarse de menos en el original, á causa de verificarse allí mas tarde la mágica evocacion.

(3) Qué admirables epitetos!

ESCENA XII

ELFRIDA, SEYTON

ELF. En sus misteriosas palabras se encierra una insólita decision. (*Á Seyton que entra.*) Dí, Seyton... todo lo sé; ¿quiénes son los encargados de ir al encuentro de Banco? (1) Avísame cuando regresen... es menester que no hablen mas ¿entiendes? (*Sale Seyton.*) Mas inocentes eran los camareros de Duncano, y hubo que sellar su boca para siempre.

ESCENA XIII

ELFRIDA, damas y nobles entre ellos MACDUF y DONALDO

ELF. Sed bien venidos, ilustres condes, hermosas damas, nobles caballeros. (*Van entrando por la puerta principal.*) Con el brillo que traeis resplandece como nunca este palacio.

UNOS. Gracias, señora.

OTROS. Gracias, magnánima reina, por tanta honra.

ELF. Con la que dispensan acrecen la suya los reyes.

(1) Fingiéndose informada, averigua lo que presiente, y cruelmente previsora atiende á la ocultacion del delito deshaciéndose de sus instrumentos. ¿Debo tener escrúpulo de atribuirle un crimen mas? En sus labios cuido de poner la disculpa de que no habían de ser de mejor condicion que los inocentes camareros de Duncano.

Ya sabeis el sitio que á cada cual señala vuestro rango; sentaos en buen hora, y resérvese á Banco su asiento.

MACD. ¿Es que Banco vá á venir?

ELF. Su ausencia aguaría la fiesta. Desde esta noche data una era de prosperidad; el luto cesa, la concordia renace, y la Escocia compacta bajo nuestro cetro vá á disponer libremente de sus destinos. (1)

MACD. (*Á Donaldo por lo bajo.*) Muger incomparable!

DON. (*En el mismo tono.*) Engañosa sirena! (2)

ELF. (*Á los pajes.*) Avisad al monarca.

ESCENA XIV

Dichos y MACBET

ELF. (*Yendo al encuentro de Macbet.*) Mucho os haceis desear de vuestros huéspedes, mi real esposo. (*Los convidados se levantan.*) Mantened la animacion y la alegría: un banquete no sazonado por el buen talante no parece que se dá sinó que se vende. Cuando se trata meramente de comer, en ninguna parte se está mejor que en casa; la sal de los convidados consiste en la gracia con que se ofrecen. (3)

(1) Algo de estas deslumbradoras promesas ha insinuado ya Seyton á Banco en la escena VII.

(2) Esas dos exclamaciones resumen la diversa disposicion de ánimo respecto de la reina, no solo de los dos que las pronuncian, sinó de la concurrencia toda.

(3) Finísima observacion!

- MAC. Á la vuestra ninguna iguala para hacer los honores de la mesa; seguid, amable directora. (*Mirando al rededor.*) ¿Qué rey jamás se vió rodeado de tal flor de súbditos? á ninguno echaría de menos si estuviese aquí Banco... ¿cómo falta á la invitacion?
- ELF. Volved á vuestros puestos.
- MAC. ¿Y el mío?
- ELF. Aquí en el centro, señor. (*Al ir á ocuparlo, Macbet retrocede.*) ¿Qué teneis?
- MAC. ¿Quién de vosotros ha osado...?
- MACD. ¿El qué, señor?
- MAC. (*Encarándose con el espectro de Banco que, visible solo para él, ocupa el asiento del medio.*) No puedes decir que sea yo. Inútil es que con la vista fija en mí sacudas tu ensangrentada cabellera. (1)
- MACD. El rey no está bien; levantémonos.
- ELF. Sentaos, dignos amigos. Mi esposo amenudo se encuentra así; son ataques que padece desde la infancia. Permaneced en vuestro sitio; dentro de un instante le vereis recobrar el sosiego. Si reparais en él demasiado, se enfadará y aumentareis su mal: comed y no le mireis. (*Levantándose y acercándose á él, en voz baja.*) Y eres hombre!
- MAC. Sí, y hombre intrépido, capaz de mirar un objeto que haría retroceder de espanto al mismo Satanás.

(1) La víctima en persona, y no los matadores como en el original, es quien debe anunciar á Macbet la consumacion de su crimen. En el calculado instante de caer herido en el bosque el noble caudillo, dibújase su sombra en la sobrecogida conciencia del verdugo. Esto es lo trágico, y no andar entre bastidores con los asesinos en inconvenientes preguntas y sospechosas pláticas. Fácil es de corregir esta disonancia, la única quizá en tan acabado y magnífico concierto.

- ELF. *(Por lo bajo.)* Qué puerilidad! hé aquí repetidos los imaginarios terrores del puñal fantástico. Magníficas consejas para ser contadas en invierno junto al hogar por alguna abuela! Quitá allá! ¿á qué vienen esos ojos azorados? vén otra cosa que un asiento vacío?
- MAC. Mira bien, te suplico; mira, ¿vés? qué dices ahora?... ¿Qué me importa al fin? *(al espectro)* ya que puedes menear la cabeza, ¿porqué no hablas?... Ah! si los cementerios y las tumbas dejan escapar así los despojos que les confiamos, tanto valdría darles por sepultura el estómago de los buitres. *(La sombra desaparece.)*
- ELF. Y qué! ¿has perdido por completo la razón?
- MAC. Á fé de quien soy, que le he visto.
- ELF. Eh! ¿no te avergüenzas? *(Conduciéndole al asiento y haciéndole sentar.)*
- MAC. *(Hablando consigo.)* No es la primera vez que se ha vertido sangre: derramábase á rios en la antigüedad antes que el rigor de las leyes asegurara el orden público, y posteriormente no tienen cuenta los asesinatos que se han cometido, harto horribles para ser contados!... Un tiempo, luego que se vaciaba de cérebro el cráneo, moría el hombre, y todo estaba acabado: pero hoy! con veinte heridas mortales en la cabeza, los muertos resucitan y vienen procazmente á echarnos de nuestras sillas... Es cosa mas estraña que la muerte misma.
- DON. *(En voz baja.)* ¿Oís, Macduf?
- ELF. Querido esposo, teneis en suspension á vuestros nobles amigos.

MAC. Ah! me olvidaba... (*haciendo un esfuerzo sobre sí.*) No os asombreis, señores; sufro de una estraña dolencia, que para los que me conocen nada significa. Vamos: amistad y salud á todos! Dadme vino, llenad mi copa hasta los bordes. Bebo á la felicidad de todos los convidados.

ELF. Y principalmente á la de nuestro querido Banco cuyo vacío deploramos... lástima que no esté con nosotros! Brindo á su salud y á la vuestra! alegría y prosperidad á todos!

CONV. Á la salud y gloria de vuestras magestades! (*La sombra reaparece á la derecha.*)

MAC. Atrás! quítate de mi presencia! húndete en el abismo! No hay médula en tus huesos, ni calor en tu sangre, ni vida en esos ojos vidriosos que en mí clavas. (*Los cortesanos se miran atónitos y hablan entre sí.*)

ELF. Nobles pares, no veais en esto sinó una indisposicion ordinaria, no es otra cosa... solo es de sentir que venga á turbar el regocijo de la fiesta.

MAC. Á cuanto pueda atreverse un hombre, me atrevo. Acércate bajo la figura de un oso de Rusia ó de un tigre de Hircania; aparece bajo cualquier forma que no sea esta, y mi firmeza no temblará. Tórnate vivo, y rétame á combate en un desierto, y si ves en mí un átomo de temor, despréciame como un muñeco... (*Levantándose.*) Atrás, espectro horrible! vana vision, atrás! (*Desaparece la sombra.*) Ah! respiro: (*dejándose caer en el asiento*) en marchándose, vuelvo á ser hombre. (*Á algunos convidados que se levantan.*) Quedad, os suplico.

- ELF. Habeis ahuyentado el júbilo y turbado estrañamente la armonía de esta reunion.
- CORTES. (*Entre sí.*) Sombríos misterios!.. ¿Estamos seguros?
- MACD. Todo lo comprendo ya.
- DON. Yo os lo decía... No hay acusador como la mala conciencia. (1)
- MAC. (*Á Elfrida.*) ¿Es que se pueden ver tales cosas sin atender á ellas mas que á una nube de verano? No comprendo como podeis contemplar semejantes espectáculos, y conservar á vuestras mejillas sus colores naturales.
- UNCORT. ¿De qué espectáculos hablais, señor?
- ELF. No le dirijais la palabra, os ruego, que con esto empeora su estado: las preguntas le ponen fuera de sí. Adios! salid todos y sin ceremonia.
- CONV. (*Retirándose en tropel por la puerta principal.*) Alivio y tranquila noche!
- MACD. Á Inglaterra, Donaldo! á Inglaterra á toda brida!
- DON. Os sigo; allí está nuestro legítimo soberano. (*Vánse.*)

ESCENA XV

ELFRIDA, SEYTON, los ASESINOS, MACBET aletargado en una silla

- ELF. (*Cierra la puerta de entrada; aparece Seyton cautelosamente por la secreta conduciendo á los asesinos.*) (2) ¿Aquí estais? Tienes sangre en la cara.

(1) Intercalo, como expresion del general asombro, una que otra frase de los convidados. Cada cual comenta el siniestro delirio del monarca; Donaldo se afirma en sus sospechas, Macdud se desengaña de sus ilusiones, y ambos con otros muchos emigran á Inglaterra.

(2) Esta me ha parecido la ocasion oportuna para presentarse

- ASES. Debe ser de Banco.
- ELF. Mas vale en tu cara que en sus venas. ¿Está bien muerto?
- ASES. En un foso yace con veinte hendiduras en la cabeza.
- ELF. Si otro tanto has hecho con el hijo, no tienes precio.
- ASES. El rapaz se nos escapó.
- ELF. *(Con reprimido enojo.)* Torpeza ha sido. Merecierais se os rebajara la mitad de la recompensa: dásele asimismo entera, Seyton.
- SEY. Descuidad. *(Se retiran, y vuelve á cerrarse la puerta.)*
- ELF. La vieja serpiente ha muerto: en cuanto al jóven reptil que se ha salvado, aunque lleva el gérmen del veneno, no tiene dientes todavía.

ESCENA XVI

ELFRIDA, MACBET

- MAC. *(Volviendo de su letargo.)* ¿Ha desaparecido al fin la sombra?
- ELF. *(Con sarcasmo.)* ¡Ojalá con la del padre se te hubiese aparecido también la del hijo! señal de que ya habría pasado como aquel á la categoría de impotente fantasma. (1)

los sicarios á dar razon de su cometido, y no á Macbet, sinó á la impasible reina, mas á propósito que su marido para sostener el conciso y enérgico diálogo y para dar la *recompensa* en su terrible sentido.

(1) He añadido de propio este sarcasmo, pareciéndome tan natural, que á existir una Elfrida y dada la situación, había de venírsele forzosamente á la lengua.

- MAC. El hijo se ha salvado!... ó ineludible destino! También esta profecía se cumplirá.
- ELF. Trabajo ha de costarle evadirse de mis lazos.
- MAC. Sangre pide... la sangre reclama sangre. Se ha visto á veces hablar los árboles y moverse las piedras; extrañas revelaciones por la voz de los grajos ó cornejas han descubierto á menudo al mas secreto asesino.
- ELF. Están por demás contigo; para descubrirte sobran tus indiscretas palabras. (1)
- MAC. ¿Á qué hora de la noche estamos?
- ELF. Las tinieblas luchan con el alba matutinal. Lo que necesitas es dormir, que es el bálsamo reparador de toda fuerza viviente.
- MAC. No duermo, ya lo sabes... y es que todavía soy novicio en el crimen: mas adelante quizá... Tan metido estoy en la corriente, que para pisar tierra firme mas esfuerzos me costaría ya volver atrás que llegar á la opuesta orilla.

(1) Lo mismo digo de este que del otro sarcasmo. Al final para su mayor efecto doy toda la rapidez posible, acentuando así las ideas culminantes.

OBSERVACIONES

AL ACTO SEGUNDO

Corresponde el segundo acto de este arreglo al tercero del original, además de tomar del cuarto la escena I, que es la famosa de la evocacion de los coronados descendientes de Banco por las brujas. He juzgado deber adelantarla como punzante aguijon de los recelos de Macbet y causa determinante del asesinato de su competidor, que debe seguir á la revelacion tan de cerca como el estallido del trueno á la luz del rayo. En el original es doble el vaticinio de las hechiceras, el del bosque al principio del primer acto, y el de la caverna en el cuarto: aquel, como observé ya, adolece de prematuro, y entre él y la criminal resolucion que inspira de ahogar en su origen la futura dinastía, en provecho de la cual resulta haber inmolidado la reinante, transcurre demasiado tiempo y median sobradas dificultades para que conserve su vigor y eficacia el impulso; el segundo, posterior á la perpetracion del delito, carece absolutamente de objeto. Así es que el autor tuvo que buscarle otro, dirigiendo contra un nuevo blanco, contra Macduf, las sospechas del usurpador, con lo cual no logra sinó dividir el interés y la importancia de los personajes, y cargar de inútiles y monótonos horrores la escena. El primer anuncio de los destinos de Banco lo suprimí, como se ha visto; pero no conviene

dejárselos ignorar por completo para dar realce á su lealtad y motivo á su retraimiento y á sus paternas temores, así por la vida como por la virtud de su hijo. He apelado pues á la malicia del astrólogo, que azuza uno contra otro á los dos caudillos á fin de empeñarlos en un duelo á muerte.

Á la mitológica Hécate del original sustituyo el nigromántico, de sobrenombre latino como su raza y de índole tan infernal como el sobrenombre, procedente allá de Italia ó de Aquitania, con un caudal de perversa cultura bastante para dominar y explotar las rudas supersticiones de la salvaje Caledonia. Á su arcana ciencia rinden las brujas vasallaje, y en él encuentran amparo y venganza á la vez contra la severa proscripción de Duncano, que celoso de la fé y dócil al consejo de los sacerdotes, se propuso desarraigar del suelo aquellos maléficis retoños de paganismo. De esta suerte se razonan y explican los profundos odios, las ambiciones atizadas por siniestros oráculos, y toda esa fantasmagoría sobrenatural en apariencia, que sin embargo repugna admitir por tal al carácter histórico y á la sólida contextura del drama: al través del encanto de la magia importa vislumbrar la realidad del artificio. Por lo demás Erebo, adorador del mal por el mal, no necesita servir á pasiones ajenas ni propias para propagarlo y dilatar su imperio.

Forzoso ha sido dividir esta segunda parte en tres cuadros, que es lo que titula escenas Shakespeare, cambiando otras tantas veces de lugar, mudanza que en la primera ha podido evitarse, sin perjuicio de conservar la unidad ó duración natural de tiempo. No podía, para desplegar convenientemente la acción, fijarme menos que en tres puntos: la mágica cueva, la residencia de Banco, el palacio del monarca. Á Banco convenía presentarle algo mas despacio

que en el breve monólogo y en la cortesana invitacion con que principia el acto III de Shakespeare, ó en el momento de sucumbir bajo el puñal homicida en la escena III del propio acto con la rapidez que el caso pide: convenía detenerse en su carácter, solo inferior en importancia al del protagonista, leal si bien conocedor de lo que vale y de lo que se le pronostica, honrado é intrépido, pero á fuer de prudente algo indeciso, contrastando con el ardiente mancebo á quien tarda el tiempo de reunirse con su príncipe; y en el estudio de ambos caracteres del padre y del hijo, no menos que en el del astuto y diplomático de Seyton, se me han ido las cuatro escenas del segundo cuadro, que resulta de cosecha propia del refundidor. Quiera Dios que sea en provecho del interés dramático, y para dar mas relieve á sus figuras y alguna apacible tregua al ánimo en medio de tan contínuas vibraciones de horror y espanto.

En el cuadro tercero de este acto, el mas grandioso quizá de todo el drama, apenas ocurre cambio de importancia que hacer, sinó leves modificaciones de detalle. El monólogo de Macbet y su coloquio con Elfrida admiten pocos retoques, tan perfectos son, tan bien eslabonan, con una ilacion terrible que raya casi en fatalidad, el delito perpetrado para adquirir la corona con el que se maquina para conservarla y transmitirla al hijo: jamás acaso se ha hecho sentir con igual fuerza el *abyssus abyssum invocat* y la funesta pendiente del mal. En la entrevista del rey con los asesinos cabe reduccion, y he hecho toda la posible, procurando añadirle energía y motivando la enemistad personal contra Banco que en ellos supone el autor: que se asomen al paño al principio del banquete, y hasta que se vea anteriormente la ejecucion del homicidio, parece mal, ya lo he dicho, y

desvirtua el solemne efecto de la aparicion. Á esta creacion sublime, á este brillantísimo foco afluye en cierta manera la luz, al propio tiempo que la celebridad sobre las demás partes de la obra: ¿quién no conoce, quién no cita, oportuna ó importunamente, el espectro de Banco? Y lo singular es que pasada la impresion primera no se desvanece en el aire cual fantasma insubsistente á los ojos de la razon, antes cuanto mas se le examina, mejor preparado, mas lógico, mas verdadero por decirlo así aparece. Es la imágen del crimen que toma formas en la conciencia solo visibles para el culpable, que le persigue, le desespera, le endurece lejos de hacerle arrepentir, le fuerza á denunciarse por sus propios labios, arrollando los cumplimientos, las sonrisas, los sarcasmos de su taimada cómplice, ante la corte espantada. En estas supremas ocasiones no hay genio que se iguale al de Shakespeare: parece mas que mortal. Y qué moralidad al propio tiempo! ¿Cabe imaginar mas terrible castigo para la ambicion, hasta en la plenitud de su impunidad y en el esplendor de su fortuna, que aquel perpétuo insomnio, aquel atormentarse el pecado con la sola vista de sí mismo, incapaz de remordimiento que pudiera ser principio de purificacion, embriagándose de cada vez mas en sangre para recobrar fortaleza, y pugnando por hacer pié en la engañosa orilla del mal, mas y mas alejado de la firme orilla del bien? En este sentido me he aventurado á desarrollar un poco el inolvidable tema del autor: *Macbet ha muerto el sueño*. «Al fin dormiré» ha dicho al resolver la muerte de Banco: ahora, conseguida ya, «no duermo, ya lo sabes» dice á su consorte que le invita al descanso, y consuélase con la esperanza de lograrlo mas adelante merced á nuevos crímenes.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

¡UN SUEÑO!

DEDICADO Á MI DISTINGUIDO PROFESOR

D. TOMÁS FORTEZA

Aurora estaba en el lecho; sus grandes ojos azules vagaban con languidez y sus labios se entreabrían para dar paso á su agitada respiración.

Aurora era bella: Murillo, Miguel Angel, Rafael, hubieran tenido que agotar su genio, para idear una hermosura igual.

Su alma era dulce, candorosa, impresionable; no podía vivir.

La muerte extendía sus negras alas sobre la frente de la niña.

La madre estaba junto al lecho, triste y pensativa.

El angel de la guarda miraba sonriendo á la niña y le decía:—Blanca azucena, Dios te llama y brillarás en breve en la región de la luz.

—Madre, quisiera dormir, dice Aurora.—Duerme, hija querida,—contesta la madre depositando un beso en su frente.

Aurora duerme; la madre llora:—¡Dios mío! dice, ¿porqué no me llevais con ella? ¿que hace una madre en el mundo cuando se ha ido su hija?

Aurora la interrumpe.—¡Morir! exclama; ¡morir! ¡dejar este mundo! ¡qué poco es todo comparado con la dicha de ver á Dios!

Vuelve á quedar en silencio.

—¡Pobre hija mía! sí, es triste la vida!

Aurora habla otra vez.—¡La vida! ¿y que es la vida?

Abre desmesuradamente los ojos, se incorpora y cerrándolos para siempre, dice con voz casi imperceptible:

—¡Un sueño!

MARÍA SABATER.

4 Diciembre 1884.

EMILIA

Vestida de roses
exires al mon,
brufada d'essencies
com lo Maig de flors.

La claror de l' auba
brillava en ton front,
semblava 'm que al veure't
s'enardía 'l Sol.

Baxárente 'ls Angels
los seus riços d'or,
y en tos ulls brillava
tot un cel de goig.

Santa poesia
va estendre son vol
de tu enamorada
per niar dins ton cor.

Tú fores eleta
per gay trobador
y honreres la festa
d'argentines flors.

Fores la regina
del trono d'amor...

Respirava gloria
tot lo teu contorn.

Duya 'l teu ropatge
del Cel la color
y al Cel recordava
l'espai del teu front.

Ay videta mía,
quin abraç tan dolç!
Ay, videta mía,
ay, videta amor!

«Jo vull esser desposada,
la vida del cor jo vull,
la 'm dona la vida mía,
vida bella y sens enuig.

«Mantell blanch, corona blanca,
jesamí de grat perfum,
escut de santa puresa
que jo port al meu demunt...

«Mon espós al recullirvos
pendrà la vostra virtut.
Mon espós me guía al tálam
ab l'àngel de l'amor pur.»

Axí digueres, filleta,
y á los peus del Bon Jesús
ta sort hermosa enllaçares
ab un ser digne de tú.

Quant se sembra l'esperança
quin fruyt que s'ha somiat!

Quant la molça n'es fresqueta
que hi fa de bon descansar!

Si l'estel-lada es bonica
lo pensament com hi va!

Dins lo teu niu, jovencel-la,
un poch d'exa 'm hi guaytar.

Blanch y blau, quina alegría!
Per tot arreu blanch y blau!

La color es delicada,
si ha de perdre's Deu ho sap.

Dintre ton jardí agradós
ensenya 'm que hi tens sembrat:
semprevivas y violes,
ortensias y lliris blanchs.

Ay, mes que tot m'hi plaurían
los roserets de tot l'any...

—Per ells no será esta terra,
no hi han pogut arrelar.

—Tens aquí una tortereta
y no li donas company...

—Ni doní, mas se li ha mort,
y sempre canta plorant.

S'arreplega negre núvol
sobre caseta novella
si arriba á obrir ses entranyes
ay de la gentil parella!

Válgam Deu! la llum del llamp
me mostra un ombra feresta!

Aydau, esperits del Cel
qu' es la mort que s' hi paseja.

Oh quin ay tan dolorós,
quant trista n' es la sorpresa!
Blanch colom al Cel s' enlayra
y una veu fonda gemega.

Lo blanch colom es l' espós,
l' esposa es l' ánima en pena;
aydau, esperits del Cel,
que 's la mort que n' ha fet presa!

Ja no hi ha res que floresca
herm y soletat per tot...
Ella passa desolada
respirant encara amor.

Mas ah! no l' amor dels homens
que s' ha després de son cor;
cerca amor que may s' acabi,
vol aquell que may se mor.

Al peu toca d' un Sagrari
rodejat de llums y flors,
alça 'ls ulls al Sant misteri
esmortintne sa dolor.

Dos figuras veu postradas
ab ferventa adoració:
blanch vestit y mantell blau,
Deu etern, y quin recort!

Son serventas de María,

son esposas del Senyor,
la color es delicada,
mas aquesta no 's pert, nó.

Ella va á trucá á la porta
vol entrar en aquell clos,
ella vol ser ovelleta
del remat del bon Pastor.

Si hem voldríau dar posada,
peregrina trista só...

—Entrau, entrau en bon' hora
á la casa del Senyor.

Vestit blanch y mantell blau
Deu del Cel y quin recort!
La color es delicada
mas aquesta no 's pert, nó.

Dintre la santa Capella
que hi feya de bon resar!
Mentres á Deu jo adorava
la veyá á ella adorar.

No es Emilia la qu' adora
nou baptisme li han donat,
Sor María del Sagrari
la tenim d'anomenar.

Sor María del Sagrari!
oh, que ben endevinat!
Es un ángel qu' está en vela
lo Sagrament per guardar.

Jo per veurela y sentirla
me posava allí al devant;

jo per sentir-la y per veure-la
lleguas mil hauria anat.

Are una historia molt trista
sols me resta que contar...

Tant com trista es a la terra
alegre a ne 'l Cel sera.

Un dia entre ses germanas
no la vaig sentir cantar;
ahont es digaume n' Emilia?...
dexaume dir eix nom grat.

Estesa sobre una caixa
vestida de blanch y blau,
cenyeix corona de roses,
te un sant Cristo entre les mans.

Avuy s' obrira esta reixa
per ella de bat a bat,
y entre llums de cera groga
responsos li cantaran.

María, la del Sagrari
era una flor de l' Altar,
paloma de blancas ales,
estrella d' hermosos raigs.

Perfum, resplandor, bellesa
may més, may més tornara!
Perfum, resplandor, bellesa
tot al Cel s' ha trasladat.

Videta, videta mia,
quin despido mes amarch...
Videta, videta mia,
sense donarte un abraç!

VICTORIA PENYA D' AMER.